

El cuarto, largo y estrecho, tenía una ventana de cristal esmerilado que daba a un patio. Con más exactitud, daba a los cables que sostenían el contrapeso del ascensor. Desde tiempos lejanos —quizá desde que se construyó la casa, a principios de siglo—, y por razones de seguridad la ventana estaba clavada con gruesas puntas que atravesaban los largueros y los peñazos.

El mobiliario lo constituían una banqueta alta, un tablero inclinado, sobre el que pendía una bombilla con una pantalla de papel pergamino, y una estantería.

Allí trabajaba, desde las ocho de la noche hasta la una de la madrugada, Mariano Jumilla, caligrafo, sin permitirse otra distracción que adivinar, por la sombra de las pesas, qué vecinos llegaban a casa o recibían visitas a deshora (llamaba deshora a entrar en el portal con la ayuda del sereno).

La habitación contigua era el dormitorio del matrimonio formado por Mariano Jumilla y Concepción Salgado, casados veinte años antes en Mengibar, provincia de Jaén. Su ventana también daba al patio, pero ésta se abría a menudo de par en par. En cambio, una de las puertas del armario sólo podía abrirse a medias, porque tropezaba con la ancha y maciza cama colonial. Una imagen del Sagrado Corazón lo presidía todo. Era una imagen un poco desportillada, con una mano en actitud de bendecir, a la que le faltaba un dedo.

A lo largo de los años, las moscas habían convertido en un basurero los cordones de la luz.

La tercera habitación tenía una cama, una mesilla de noche y una butaca. Permanecía cerrada desde hacía dos años. Una vez al mes, Concepción entraba a limpiar el polvo: frotaba con un trapo húmedo el baldosín y abanicaba con un plumero los muebles. Después se sentaba en el borde de la cama, pensativa y suspirante. Antes de irse acariciaba la colcha desflecada: pasaba la palma de la mano por la cretona como si fuera el lomo de un gato de Angora.

Aquella habitación seguía llamándose «el cuarto de Fernandito».

El comedor tenía el suelo de madera, y, al pisar, tintineaban los vasos del aparador y los cristales de la lámpara de araña. Al aparador lo coronaba un espejo en forma de media luna; arrimada a otra de las paredes había una vitrina, llena de juegos de café y cuatro o cinco bandejas de plata, y recipientes de vidrio tallado, que nunca contuvieron mermelada, ni mantequilla, ni licor alguno. Sobre la mesa reposaban un tapete de encaje y un jarrón con flores artificiales, que en tiempos fueron de papel, más tarde de cera y por fin de plástico (un gran cartel, en la tienda, pregona: «Flores con olor», y Concepción decía que le oían a un perfume de violetas que usaba su madre, y Mariano afirmaba que no le oían a nada).

Por el patio se extendía a todas horas, de día y de noche, un olor intenso a verdura cocida y a patata recién pelada. Alguna vez que otra, y sin motivo aparente, se desprendían plaquitas de cal del techo y caían mansamente sobre el hombro de Concepción o sobre la calva de Mariano, y se quebraban en puntitos blancos, que ninguno de los dos se ocupaba de aventar. Únicamente

si la pavesa le caía a Mariano sobre la cartulina, mientras trabajaba, de un potente soplo la convertía en polvo para siempre.

Utilizaba plumines de diferentes tamaños y los limpiaba meticulosamente con un trocito de fieltro verde y las pelusillas enganchadas las pellicaba con las uñas del índice y el pulgar.

Por la mañana, a las diez, venía a buscarle su amigo y socio Sebastián Fernández, un hombre atildado y de aspecto joven, de quien Concepción sospechaba que se tenía las canas. Hablaban un poco del tiempo («¿va a salir usted sin abrigo?», «¿cómo no se ha traído el paraguas?») y salían juntos a la calle. Al momento, tomaban caminos distintos, en su recorrido por los diferentes Juzgados de la capital. Se encontraban a las dos de la tarde en un café de la glorieta de Alonso Martínez. Sebastián entregaba a Mariano unos papeles garabateados por ambas caras con los nombres de los recién nacidos inscritos la víspera en el Registro Civil, el tomo y la página, nombre de los padres y fecha de nacimiento.

Estas listas eran la materia prima del trabajo de Mariano.

En su cuarto se apilaban los diplomas en blanco, con una orla en la que figuraban Colón y las tres carabelas, los Reyes Católicos, el Cid Campeador, Carlos V, Hernán Cortés y Cervantes, todo ello presidido por un escudo, una bandera y una chita al viento en la que se leía: «Los hijos de la raza».

Con letras góticas, Mariano escribía los datos de todos los recién nacidos de Madrid.

Cada diploma de aquellos («en un marco es muy decorativo», «no va a tener usted un recuerdo de su hijo?») se vendía por la módica cantidad de sesenta pesetas.

Mariano y Sebastián, ayudados por un sobrino de éste que se llamaba Jerónimo, hacían por las tardes el reparto a domicilio.

Pagados los gastos de imprenta y las gratificaciones a los funcionarios de los Registros, Mariano percibía la mitad de las ganancias; Sebastián, el treinta y cinco por ciento, y el quince restante era para Jerónimo, el sobrino.

El Juzgado está al fondo de un pasadizo que desemboca en un patio; a mano izquierda hay una puerta pintada de verde y una placa oxidada; se ascienden cuatro pisos por una escalera estrecha y sucia, y al final de un pasillo se encuentran las oficinas: un banco de madera y unas ventanillas. En el banco suele haber sentadas varias parejas de novios en vísperas de matrimonio, y algún que otro padre reciente con el Libro de Familia en la mano.

Mariano guarda cola ante la primera ventanilla. Al llegarle el turno, se inclina sobre el saledizo e introduce la nariz por la abertura.

—Buenos días, Ricardo. Fríos, ¿verdad?

—¿Qué hay, don Mariano? Aquí dentro, menos mal.

—Sí, pero en la calle...

—Usted, que es de los que pisan la calle. Uno, como se pasa el día encerrado... La jaula, le llamo yo a esto.

Alarga un papel, que Mariano recoge. Sin mirarlo, lo dobla y se lo guarda en el bolsillo del gabán.

—Hasta mañana, Ricardo. Anda uno tan agobiado...

Cuando Mariano llega al café, Sebastián le está esperando. Se sienta ante una mesa colocada junto al ventanal. Desde allí se ve la boca del Metro, el andén del bulevar, sembrado de hojas secas, la parada de los autobuses 21 y 25. Sebastián bebe una copa de anís. Relampaguea el sello de oro en su mano izquierda.

Mariano, al desabotonarse el abrigo, estornuda.

—¡Jesús! —dice un camarero, que pasa con un platito de aceitunas en la mano.

—Me parece que lo he pillado... —murmura Mariano.

—¿Sabe lo que tiene que hacer? —dice Sebastián—. Esta tarde, un copazo de coñac, una taza de leche bien caliente, un par de aspirinas y a la cama con cuatro mantas. A sudar.

—Claro, claro, como uno no tiene otra cosa que hacer que meterse en la cama a sudar...

Pero ante el portal de su casa, los ánimos de Mariano se han quebrado.

—Mire usted, Sebastián, voy a seguir sus consejos. Más vale perder una tarde que arrastrar un constipado días y días. A ver si su sobrino me lleva unos encargos... Y lo que hay al cobro puede esperar hasta mañana. ¿Qué le parece a usted?

—Que lo que ha dicho es muy sensato. A no preocuparse y a ponerse bueno. ¡No hay prenda como la salud!

Concepción piensa igual: no hay nada como la salud; sin dinero se puede pasar, y sin comida, y sin casa, y sin ropa; pero sin salud...

Le lleva a su marido el ponche a la cama y después le arropa solícitamente. Mariano refunfuña y al rato duerme.

Cuando se despierta es de noche. La esfera fosforescente del despertador señala las ocho menos cuarto. Enciende la lamparita. Se mastica en la casa un silencio agríndole, sólo roto, de tarde en tarde, por el zumbido del ascensor.

Mariano calza las pantuflas y se enfunda un batín de cuadros grises con las solapas guateadas. Pisa de puntillas para no hacer ruido.

La puerta de su cuarto de trabajo rechina mansamente. Oye a su mujer removerse en una butaca del comedor.

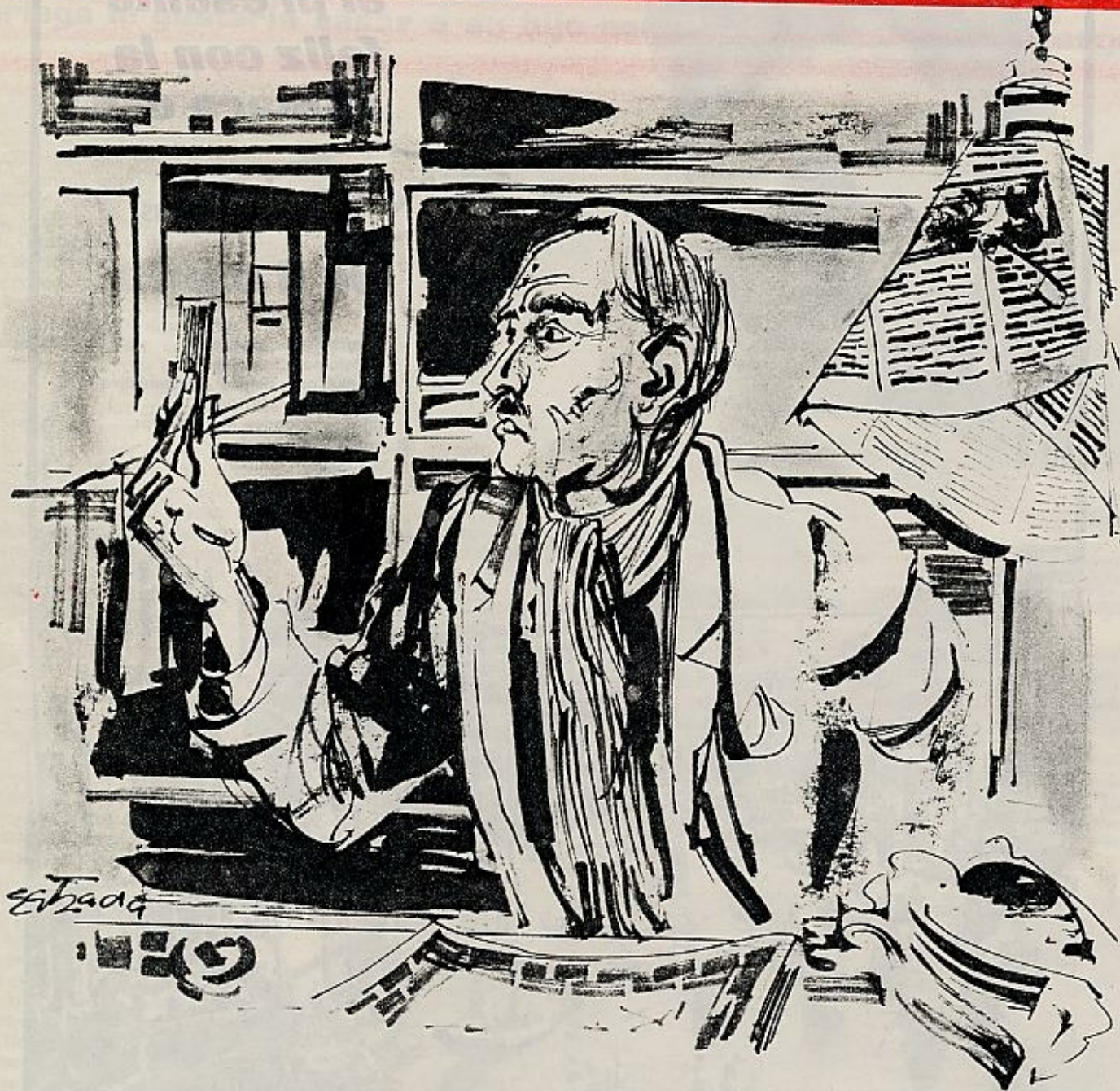
Un fajo de cartulinas pasa de la estantería al tablero de la mesa. Rasca el plumín la primera orla: María de la Encarnación Suárez Moreno, hija de Juan y María Luisa, nació el día 12 de noviembre de 1961, en la calle de las Mártires Concepcionistas, número 66, de Madrid. Tomo X, folio 121-122. Registro Civil de Buenavista... El moquillo se desliza por el interior de la nariz y una gota casi transparente se desploma en la hache de «Los hijos de la raza».

A eso de las nueve, la mano que va a mojar la pluma en el tintero se detiene. Mariano se frota los ojos. Danzan las letras, se emborronan. Su rostro oscila de la palidez mortal a la congestión. Al levantarse, titubea. Se mantiene unos segundos apoyado en el borde del tablero.

Salé al pasillo oscuro. Llama con debilidad:

LOS HIJOS DE LA RAZA

Por RAMON NIETO



—Concha... Concha...
Ella se sobresalta. Tiembla un papel en la mano del marido.
—¿Cómo te has levantado?
—Concha... Mira esto.
—No deberías haberte levantado...

—Tengo que hacer mi trabajo. Mira este papel.

Mariano se sienta en una butaca de mimbre, junto a la de ella. Concepción lee en voz alta:

—Julia María Jumilla Torres. Padres: Fernando y Julia. Nacida el 10 de noviembre en la calle de Diego de León, 97...

Acercas la cuartilla a la boca y, con un quejido, exclama:

—Fernandito...

Mariano se incorpora y pasea con los brazos a la espalda.

—¿Sabías tú algo? —pregunta por fin.

—Sí; un día le vi en una tienda con su mujer, y a ella se le notaba abultada.

—Su mujer debe de ser lo mismo que él, y la hija saldrá igual o peor...

—No hables así, Mariano, por el amor de Dios. ¡Cuándo vamos a olvidar!...

El hombre vuelve a su cuarto. Se esfuerza por conseguir que los trazos de las letras no le salgan temblones.

Unos golpecitos en la puerta. Es Concepción.

—¿Qué?

—Mariano, ¿le vas a llevar una...?

—No.

—A lo mejor le gusta. El sabe que te dedicas a esto.

—He dicho que no. Es un ladrón, y yo no quiero tratos con ladrones.

—Es tu hijo.

—Me robó el reloj de oro. Desaparecía el dinero de mi cartera... ¿Y te acuerdas aquellos días que le mandé a cobrar?... ¡Qué vergüenza!

—Un padre nunca puede decir

que su hijo le roba. Coge lo de su padre, pero no lo roba.

—Mira, Concha, hemos decidido hace tiempo que de Fernandito no se hable en esta casa.

—Tú eres ahora abuelo...

—Como si soy marqués. Aquí está apuntado el nombre de una niña. Para mi esa niña es huérfana.

Inclina la frente sobre los papeles. Concepción abre la boca y, al sonido de la primera sílaba, su marido hace un brusco ademán con el brazo y el plumín salpica unas gotas de tinta que llenan de lunares las cabezas de los Reyes Católicos y de Cristóbal Colón.

La cena transcurre en silencio. Al acabar, Concepción habla de la compra, de los precios, de lo que vio en la calle, mientras devana una madeja. Mariano ni la escucha ni la mira, ensimismado con el clic del cortaúñas. De pronto estornuda.

—¿Por qué no te acuestas?

Parece despertar de un largo sueño.

—¿Eh?

—¿Que por qué no te acuestas. Así nunca te curarás el resfriado.

—Es verdad, Concha. Estaba dudando si acostarme o seguir con el trabajo. Hay días que no sé para qué empiezan...

Se acuesta. Ella viene después de fregar los platos. Le encuentra con las manos en la nuca, mirando al techo. La mujer se desnuda con la luz apagada. Chirrían los muelles del somier.

—Mariano.

—¿Qué?

—¿Estás despierto?

—A ver...

—Mañana podías hacer eso... y llevárselo tú mismo. Al verte, te hablará... Y quién sabe...

—Déjame en paz. Me duele la cabeza.

Un bostezo ruidoso de él, un suspiro largo de ella,

en el scarificante

SIGUE



Retenga

**el presente
feliz con la
cámara c-93**



de 8 mm.

Y PERUTZ
le obsequiará
con un
rollo de
película
PERKINE U-15

Características técnicas:
Torreta para tres objetivos:
Normal, gran angular y teleobjetivo
Optica SOM BERTHIOT
cinco velocidades. Marcha atrás
precio 4.200 pesetas
con objetivo normal

CID-MADRID



Disfrute reviviéndolo
con el proyector *Star*

IBERAVIA

Carrera de San Jerónimo, 19 - Teléf. 232 10 10

DE VENTA EN LOS PRINCIPALES COMERCIOS DEL RAMO EN TODA ESPAÑA

LOS HIJOS DE LA RAZA

fru-frú de las sábanas. Pasa un cuarto de hora. Oye a su marido levantarse.

—¿A dónde vas?

—Al water.

—Ponte el batín, que aquello está muy frío.

El marido tarda, la mujer se impacienta. De puntillas, abandona la habitación y espía por el pasillo. Se filtra una cuchilla de luz bajo la puerta del cuarto de trabajo de Mariano. Concepción mueve la cabeza y sonríe. Junta las manos. Murmura, entornando los párpados: —Gracias, Santo Niño del Remedio...

A la mañana siguiente, Mariano sale con su carpeta de cintas negras. Concepción sólo le pregunta:

—¿No esperas a Sebastián?

—Dile que nos veremos en el café a la hora del aperitivo.

No hará falta. Se tropieza con él en la boca del portal.

—¡Vaya, vaya!... —exclama Sebastián—. Pensaba encontrármelo en la cama, hecho un Santo Cristo... Muy valiente es usted, don Mariano. Y no es por desanimarle, pero a su edad no está el cuerpo para muchos juegos.

—Diga usted a nuestra edad, Sebastián; a nuestra edad.

Mariano echa a andar por el borde de la acera, con pasos apresurados. La bufanda que le anudó al cuello su mujer cuelga sus flecos masticos alrededor de las solapas del abrigo.

Media hora más tarde sale de la estación del metro de Diego de León. Un sol benigno retrata contra la pared de un solar a los limpiabotas, y a los tranvías les enciende puertas y cristales.

La casa es de ladrillos ennegrecidos. El número 97 está pintado en un farolillo polvoriento. A la derecha del ascensor, tras una garita, cose, a la luz de una pantalla de rafia, la portera. Es una mujer cincuentona y gruesa, con el cabello recogido en chichos. Mariano le pregunta:

—¿Don Fernando Jumilla?

—Sexto centro, letra D —contesta ella, mirándole por encima de las gafas.

Aquella mirada le espía hasta refugiarse en el camarín del ascensor. Se ve en el espejo enmarcado por una tapicería de pana: la nariz roja, las bolsas colgantes y amarillentas bajo los párpados inferiores, los labios resecos y remellados, las puntas grises de la barba en la papada mantecosa...

Sexto piso.

Parece que se agarra a la carpeta para no caer.

Dos timbrazos cortos. Unos pies que se arrastran dentro. El garlito de la mirilla. La puerta que se abre no más de una cuarta y la cabeza, la melena rubia, la bata de flores estilizada por la rendija.

—Buenos días, señora —de dos tirones desanuda las lazadas que

cierran la carpeta—. Vengo a darle la enhorabuena por el nacimiento de su hija y a traerle este recuerdo de tan feliz fecha, que en bonito marco le servirá de adorno para la casa.

El diploma aletea delante de los ojos de la joven señora. Tras un leve pestañeo, se echa hacia atrás un mechón que le cuelga sobre la frente y hace un movimiento para cerrar la puerta.

—Gracias. No me interesa.

—Es una orla muy fina y todo el mundo la compra. Seguro que en casa de alguna de sus amistades la habrá visto colgada en el cuarto de estar o en el recibidor...

—No se moleste.

—Me tomará por un vendedor callejero —la voz de Mariano se quebra—, pero no trato tanto de vender como de ofrecerle la oportunidad de poseer un objeto artístico que no todos tienen la suerte de...

—¿Para qué insiste?

—¡No me interrumpa o...!

Parece un sollozo.

—Pero, ¿qué le pasa a usted?

—Nada. Perdóneme —trata de rozar los ojos húmedos con la bocabanga: se lo impiden las aristas de la carpeta—. ¿Cree que si lo ve su marido... le interesará...?

—No sé. Creo que no.

—Por favor, páselo a su marido. Que él lo vea. A lo mejor... quién sabe...

—Mi marido no está.

—Déjeselo sobre la mesa. Al venir, le dará una alegría.

—¿Una alegría? —la joven señora se ríe, enseñando unos dientes cuadrados e iguales, con el filo transparente—. ¿Esta pintura recargada le va a dar una alegría? ¿Y éste quién es? ¿Don Juan Tenorio?

Mariano clava la barbilla en la pechera.

—Yo pensaba... Puede que me equivoque.

Ella frunce los labios y después los despliega en una sonrisa a la vez irónica y piadosa.

—¿Cuánto vale el dichoso diploma?

—Sesenta pesetas, señora. Aparte el valor de la impresión, fíjese en el trabajo de la letra gótica...

—Sí, ya veo. Espere usted.

Mariano siente un temblor en las piernas y una gota de frío deslizándose columna vertebral abajo...

Vuelve la mujer con una carterita.

—Tome, buen hombre.

—Gracias, señora. Verá como a su marido le ha de gustar.

—No, el diploma no lo quiero. Puede llevarse otra vez. Esto es para pagarle el trabajo y la molestia de haber vendido...

—Quédeselo, señora. No puedo aceptar esa limosna. Es peor que si me lo hubiera rechazado...

Introduce la cartulina en la carpeta y empieza a anudar las cintas negras. Nota el perfume a violetas de la mujer y lo relaciona en seguida con las flores de plástico del comedor.

—Buenos días tenga usted.

Se lleva la mano a la cabeza, como si fuera a despegar un imaginario sombrero.

—Vamos, no se enfade —dice ella—. Traiga eso y tome el dinero.

Los ojos de Mariano se clavan en los de la mujer. Aquella palma extendida es blanca y huele bien. Ahora no se le traban los dedos en las cintas. En pocos segundos, la orla ha cambiado de mano.

—Seguro que su marido se pondrá contento. El orgullo de padre... Sí, los padres no nos damos cuenta de lo que significan los hijos hasta que se nos presenta una oportunidad así...



Ella no le escucha. Lee en voz alta:

—«Los hijos de la raza»...

Y su risa burlona se transforma de pronto en un gemido denso, que le deja la cara acartonada.

Una mosca se paseaba por la pantalla de pergamino, proyectando contra la pared una sombra del tamaño de un puño. La pluma ras-caba la cartulina y llenaba la habitación de crispantes sonidos. De vez en cuando se oía el ruanruneo del ascensor. Mariano entonces detenía su brazo y contaba los pisos: el primero, el segundo, pasó por el tercero... Ya no le importaba si iba al cuarto o al quinto.

Las figuras de la orla se entrecruzaban en su retina y mezclaban los rostros de Isabel la Católica y de Cervantes, de Carlos V y el Cid Campeador...

Sin darse cuenta de lo que hacía empezó a trazar cruces sobre las letras de «Los hijos de la raza».

A las nueve se levantó, atravesó el pasillo y entró en el cuarto de Fernandito.

Envolta en un chal color malva halló a Concepción sentada en el borde de la cama.

Se acomodó a su lado. Ninguno de los dos despegó los labios. La mano izquierda de Concepción acarició la derecha de su marido.

Subía el ascensor. El primer piso, el segundo...

Paró en el tercero.